Por primera vez

Danna Catalina Ibarra Narváez

Estudiante del Programa de Terapia Ocupacional

Universidad Mariana

Sus tacones eran rojos y altos; tenía unas mallas con agujeros por donde se podía ver su piel blanca como la nieve y, a la misma vez, una ligera textura de suavidad; su falda color negro trataba de esconder sus genitales; una chaqueta negra que cubría el frío y timidez de su cuerpo; su cabello castaño claro y, por supuesto, maquillaje para ocultar su verdadero rostro. El reloj marcaba las 8 p. m., eso indicaba que era hora de salir a trabajar, como de costumbre era una noche fría, donde la gente salía arropada en busca de un café o simplemente volver al abrigo del hogar. Su sitio de trabajo no era lejos ni tampoco tendría que hacer uso de un transporte público.

Su historia no es algo común de escuchar, pero sí es verdadera, una historia que refleja los sentimientos y circunstancias que enfrentan muchas personas. Empezaré a contarles cómo ella llegó hacer cosas para sobrevivir en una sociedad donde las oportunidades de superarse son escasas.

En su niñez fue una persona muy distante, debido a los insultos y malos tratos de su familia, especialmente de su madre. No tenía ningún familiar en la misma ciudad porque su familia vivía al otro lado del mundo. Vivía con su madre Martha y sus dos hermanos Carlos y Juan, en una casa a las afueras de la ciudad. Su madre se preocupaba por conseguir dinero y malgastarlo en alcohol y drogas; por otro lado, sus hermanos mayores Carlos y Juan pertenecían a una pandilla, su hobby era robar. Sus amigos solían estar en la cancha del barrio jugando con un balón y perdiendo el tiempo.

Ahora es más fácil entender un poco la historia y todo lo que sucedía en su entorno, sus ojos llenos de lágrimas mirando hacia el cielo, deseando ser alguien diferente a los miembros de su familia. Muchas veces uno de sus anhelos era ser adulto o simplemente crecer; lo que no sabía era que lo que anhelaba en ese momento sería que tendría que enfrentarse a muchas más dificultades.

Su trabajo consistía en hacer pasar momentos agradables o simplemente hacer sonreír a las personas. Y no les estoy hablando de que su trabajo era ser payaso o comediante, su trabajo era prestar servicios sexuales.

Su anhelo de ser adulto se cumplió y ya era hora de ser responsable y decidir sobre su futuro. Con su madre ya eran cinco años que no hablaba y tampoco la ha visto desde que salió de su casa. Muchas veces no tuvo dinero para comer, pero sabía que su felicidad sobrepasaba cualquier obstáculo. En la habitación que rentaba, las paredes eran húmedas y frías, su cama era dura y escasa de cobijas; por su trabajo, su armario estaba lleno de faldas y vestidos, y el poco dinero que ganaba lo usaba en maquillaje que le exigían en aquel lugar; su ropa interior tenía que ser provocativa.

La dueña de la habitación que rentaba era una anciana que se compadecía de su situación y le brindaba un plato de comida. Así era su vida, viviendo el día a día y esperando que alguien o algo le ayudara a conseguir un trabajo estable o que valiera la pena.

-Llegas tarde -dijo Oscar, el dueño del bar-.

Solo asintió con la cabeza y siguió a una de las mesas donde se encontraba un joven solitario en busca de una dama de compañía. Solo era cuestión de coquetearle y seducirlo, ya sabía que el joven quería estar en una habitación y tendría que prestar su servicio sexual, pero esa noche tuvo un rumbo diferente. Aquel joven no buscaba uno de sus servicios, sino que buscaba ser escuchado.

Sé que esto no es algo común y se han de estar preguntando... ¿Qué hace un hombre en un lugar de esos buscando a alguien para ser escuchado?, la respuesta solo la sabe aquel joven. Esa noche pasaron horas y hablaron de todo un poco, de algunos sueños, de cosas en común y de sus anécdotas. Era muy raro que tuvieran esa conexión tan solo con hablar una vez.

Su turno de trabajo se había acabado y ya era hora ir a su casa. Por primera vez se sintió a gusto con alguien y había una conexión fuera de lo normal. Llegó a su habitación y como de costumbre la anciana tenía un plato caliente de comida para ofrecerle. Se quitó el maquillaje para poder irse a dormir, pero aquel joven del bar se había quedado en su pensamiento, recostó su cabeza sobre el vidrio de la ventana observando como caían las gotas de lluvia y como el gato que estaba en el otro tejado de la casa buscaba un lugar para poder dormir. Por sus pensamientos rondaban vidas creadas con aquel joven, viviendo la vida que había soñado, tal vez con una verdadera familia.

Sin darse cuenta, el sol empezó a salir iluminando su habitación y llenándola de calidez. Decidió echar un vistazo a su celular con la ilusión de ver un mensaje de aquel chico que había conocido la noche anterior, supuso que recibiría una llamada de él.

Y así pasaron dos semanas, no tuvo ninguna noticia, ningún mensaje, solo esperaba tener la oportunidad de volverlo a encontrar. Su vida transcurría y su repudio por seguir trabajando en aquel bar era más frecuente. Los hombres que llegaban a ese lugar solo llegaban con el propósito de tener relaciones sexuales y pagar por sus servicios. Sentía que su vida había pasado a ser algo insignificante; todo empezó con su familia, nunca sintió un verdadero calor de hogar y el primer acercamiento que había tenido hacia el amor se había alejado o ni siquiera existió.

En su adolescencia trato de ingresar a cursos gratuitos que ofrecía el Estado para personas sin acceso a la educación, pero su madre no le permitía asistir a dichos cursos, ya que tenía que hacerse cargo de la limpieza de su casa y planchar ropa de sus vecinas para conseguir algo de dinero y dárselo a su madre.

Por donde tratemos de contar su historia nos damos cuenta que tuvo una vida bastante complicada, pero aun con dificultades, sus ganas de sobresalir y ser alguien en la vida eran inigualables.

Como de costumbre a las ocho de la noche tendría que salir a trabajar, estaba terminando de vestirse, pero aquel día no quiso maquillarse, quiso salir a las calles de forma natural y ser quien verdaderamente era. Llego al bar como de costumbre, no había clientes esa noche, así que decidió acercarse a la barra donde estaban los meseros, muchos de los que estaban en el bar no llegaron a identificar quien era. Sin darse cuenta, en la puerta de la entrada del bar, un joven alto y apuesto con una mirada avergonzada se disponía a ingresar. Su asombro de verlo nuevamente fue inigualable, su corazón latía de manera incontrolable, sus manos temblaban y trataba de esconderlas en los bolsillos del abrigo que llevaba puesto, se mordía los labios de manera lenta, sus pasos se dirigían hacia él, hasta que se miraron directo a los ojos; aquel joven la reconoció inmediatamente, se sentaron en aquella mesa donde se conocieron por primera vez, hablaron por un rato y decidieron tener una cita formal fuera del bar.

Ya han pasado dos meses desde aquel día y su relación va de la mejor manera, ya no se dedica a prestar servicios sexuales en aquel bar, trabaja en una estética de belleza y siente que su vida ha dado un giro inesperado. Nunca tuvo la oportunidad de conocer a su media naranja o un verdadero amor, pero la vida estaba conspirando a su favor. Ahora no esconde su rostro, le gusta mostrar a la gente quien es y todo lo que tuvo que soportar para sobrevivir. No volvió a tener contacto con su familia desde aquel día que salió de su casa. Su madre vio a su hijo vestirse de mujer, su nombre era Martín.